

EL FARO

AMIGOS

MAIPÚ

Por

Donna Helena

Hace más de veinte años que estoy en este faro. Podría decir, prácticamente, que lo conozco como a mi propia vida. Vivo aquí desde que tengo memoria. Mi padre, que vivió hasta hace algunos años, me enseñó todos los secretos del mar, y no concibo mi existencia sin este bálsamo de salitre penetrando en mis pulmones y salándome los labios, sin el sonido de las olas al golpear en la escollera, sin la imagen de las gaviotas alrededor de los barcos pesqueros.

El viejo faro se eleva entre las rocas, imponiéndose entre la línea del horizonte. En el transcurre la magia y la simpleza de mis horas. Conozco todos sus recovecos, sus escondites, cada escalón picado de las escaleras que conducen hacia la parte superior, sus mañas, su funcionamiento...

Los días transcurren sin demasiados sobresaltos. Las personas se acercan, lo observan, algunos insisten en subir, lo conocen y luego se van... Ninguno acierta en regresar por la noche cuando las luces despliegan su grandiosidad.

Las mañanas amanecen frescas y brumosas, siempre dedico unos minutos a caminar por la costa y recojo algunos objetos que el mar me obsequia por las noches...

Cuando el sol se ubica sobre mi cabeza, la gente comienza a llegar con sombrillas, lonas, y una cantidad de objetos para acompañar su día de playa. Alejándome del bullicio, aprovecho para trepar a lo alto del faro, y duermo al reparo de la sombra de la farola. Cuando comienza a caer el sol y se ha marchado casi toda la gente, y la

oscuridad amenaza con cubrir también a la luna, mi tarea emprende su marcha una vez más.

Soy el encargado de las luces del mar... Soy el encargado de guiar a los navegantes nocturnos, ayudarlos a seguir el camino conveniente, de encandilar a las sirenas malvadas y de embellecer a las olas inquietas que se baten incesantemente unas a otras.

De noche el mar es una gran perla movediza, la cola de un pez enorme y frenético. Paso largas horas observándolo y es maravilloso estar así, sin prisas, con los cabellos agitados por el viento frío y salado, la piel erizada, y la ropa volviéndose pegajosa por el delgado salpicar del agua.

Contemplar el mar es la inexplicable sensación de lo grandioso y supremo de la naturaleza frente a nosotros, palpable, real... Es paz, es comprender que existen cosas por las cuales seguir vivo, por las cuales tener todos los sentidos despiertos. Es tener advertir un cielo gigantesco, con estrellas repartidas como por un acomodador de cine enamorado de tres Marías; con una luna bella y un sol oculto protegiendo a su gran amante, esperando encontrarla en la cita eterna en cuanto el reloj marque el eclipse de las horas. Es interrogarse sobre lo que convive debajo de las aguas, los peces, las algas, los barcos hundidos, los tesoros no revelados, la enigmática existencia de seres fabulosos, las rocas, la arena, la oscuridad, el frío, el misterio, el silencio...

La luz del faro es un gran ojo que por las noches intimida, que permite ver más allá de todo lo que la oscuridad embriaga, que durante el día le cede su espacio al sol, al otro gran ojo que nos vigila, día tras día y durante toda la eternidad, como la eternidad de mi faro, que se interpone entre el azul de cielo y el oscilar de las olas del mar...

Donna Helena

MMKH AMIGOS MAIPÚ